

EDUCACIÓN Y PRODUCTIVIDAD

Cuando en 1823, Simón Rodríguez decide regresar a América tras su larguísimo periplo que lo llevó por Estados Unidos y Europa, pues quiere dar un aporte fundamental a la independencia, está convencido de la necesidad de emprender una auténtica cruzada educativa que le dé ser "a las Repúblicas imaginarias que ruedan en los libros y Congresos", pues bajo la retórica de principios y proclamas, seguía intacta la vieja mentalidad y las estructuras de dominación y servidumbre. La independencia no había desmantelado el viejo orden colonial y la gente seguía pensando como antes. La República no se mantendría ni crecería vigorosa con espíritus serviles, sin ciudadanos. De ahí la urgente necesidad de emprender una propuesta educativa propia, original, gestada en la propia entraña americana, que Rodríguez recogería en su desgarrado clamor: "O inventamos, o erramos".

Antonio Pérez-Esclarín

La propuesta educativa de Rodríguez se estructuraba en torno al trabajo como valor fundamental. El trabajo era la llave para dignificar a las personas, hacerlas útiles, y acceder a un verdadero desarrollo, sostén de la genuina independencia. Los países que estaban avanzando con pasos firmes en la senda del progreso eran países de gente trabajadora. De ahí la necesidad de "colonizar al país con sus propios habitantes", pues, de no hacerlo, seguiríamos colonizados por otros.

Convencido de estas ideas y ávido de implantarlas, tan pronto toca tierra americana, Rodríguez establece un centro de formación en Bogotá, donde los estudiantes, además de formarse intelectualmente y "aprender a vivir en sociedad", es decir, hacerse ciudadanos, debían aprender un oficio. Pero la sociedad neogranadina no estaba preparada para aceptar las ideas educativas de Rodríguez. Hasta el nombre de Casa de Industria Pública, en lugar de Escuela o Colegio, les debió resultar escandaloso. El proyecto fracasó en seguida. Como fracasaría también en Chuquisaca, el más ambicioso de todos los que emprendió Rodríguez, cuando su antiguo alumno Simón Bolívar, por esos días en la cumbre de su poder y gloria, dejó en manos de su maestro la educación de la naciente República de Bolivia. Como habrían de fracasar también todos los que emprendió Rodríguez en la doliente tierra americana, donde soñaba con escuelas que también fueran talleres y en las que los alumnos aprendieran a cultivar los campos, a levantar paredes, a fabricar objetos necesarios, a producir y hacerse ciudadanos útiles.

Pesaban demasiado cientos de años en la dirección opuesta. En el largo período colonial, la mentalidad feudal española que despreciaba el trabajo, había echado raíces muy fuertes. No olvidemos que fue en 1783, casi en vísperas del movimiento independentista, cuando el rey Carlos III, preocupado sin duda por la decadencia económica e industrial de España, promulgó la Real Cédula del 18 de mar-

zo, en que declaraba la compatibilidad de muchas artes y oficios mecánicos con la nobleza. Era un intento muy tardío por combatir la ordenanza de 1562 del rey Felipe II, vigente hasta entonces, que había señalado a los "oficios bajos, viles y mecánicos, indignos de personas nobles", hecho que sin duda alguna contribuyó a llenar a España y sus colonias de una clase parasitaria, volcada a la apariencia y el lujo, con frecuencia arruinada pero incapaz de trabajar, que aparece magistralmente retratada en la novela picaresca de la época.

EL PRINCIPAL RETO DE VENEZUELA ES CULTURAL

Venezuela enfrenta hoy un reto semejante al de Rodríguez. Es muy poco lo que vamos a avanzar mientras no cambiemos la mentalidad. Todo el mundo habla de la necesidad de cambiar, pero lo hace desde las estructuras mentales del pasado o esperando que sea el otro el que cambie. Los más negados a cambiar parecen los políticos, que, a pesar de todas las turbulencias, crisis, problemas y alertas que les lanza la sociedad, siguen mirando su propio ombligo, negados a pensar en grande, a mirar al país más allá de sus intereses personales o sus ambiciones de poder, utilizando hasta la bandera del cambio necesario para engordar sus mezquinas ambiciones. Por eso, estamos avanzando tan poco y, ante la falta de ejemplo y de genuino liderazgo, crecen el pesimismo, la anomia y la desconfianza.

La cultura del petróleo, que en mayor o menor medida nos marcó a todos, nos convenció a los venezolanos de vivir en un país inmensamente rico y de tener derecho a una vida holgada sin necesidad de producir ni de esforzarse. La forma de entender y vivir lo político en la democracia parasitaria que se fue fraguando en torno a la renta petrolera contribuyó a fortalecer la mentalidad facilista y/o limosnera, y cada vez se fue disociando más y más la conciencia de derecho a un determinado nivel de vida, sin poner como contraparte el esfuerzo y la pro-

**La cultura del clientelismo
y el derroche penetró con
fuerza en todo el sistema
educativo, desde las
escuelas hasta las
universidades**

ducción. La política se fue entendiendo y practicando como un medio de medrar, de ascender y enriquecerse acaparando la renta petrolera para sí y para los suyos, renta que alcanzaba para repartir dádivas y comprar conciencias y votos que garantizaran la continuación en el poder. Todos los organismos públicos se fueron llenando de batallones de parásitos que se sienten protegidos por el partido, y con derecho a ganar sin trabajar o trabajando lo menos posible. Gran parte de los que accedieron a cargos de decisión y de poder, no tanto por méritos propios, sino por componendas y habilidades politiqueras, se entregaron desenfrenadamente a la más grosera sensualidad del poder, convencidos además de que podían hacerlo sin tener que rendirle cuentas a nadie. Desde el presidente hasta el último funcionario de cualquier oficina pública, se convencieron de que habían sido puestos allí, no para servir o administrar los bienes de todos, sino para ser servidos y tener acceso a los privilegios. Hasta tal punto esta mentalidad ha penetrado en las mentes de los venezolanos que, si uno obtiene un cargo público y no trata de beneficiar a su familia o amigos, lo aíslan por desconsiderado e injusto.

Por otro lado, gran parte de los empresarios, que hicieron sus fortunas al cobijo del Estado rentista, las sacaron cuando vieron amenazados sus niveles de ganancias, desequilibraron la economía y hundieron al país (se calcula que el monto del capital venezolano privado en bancos extranjeros es superior al de la deuda externa), vocean y defienden hoy el nuevo evangelio del mercado y, sin importar que la mayoría de los venezolanos vivan hundidos en la miseria, quieren negarle al Estado incluso su papel de garante de los derechos fundamentales de todos, entre ellos, el de salud y educación. Resulta significativo e iluminador, para acercarnos a la comprensión de las mentalidades de estas personas, el constatar que les preocupa la pobreza o miseria de los venezolanos, no por la degradación humana que su-

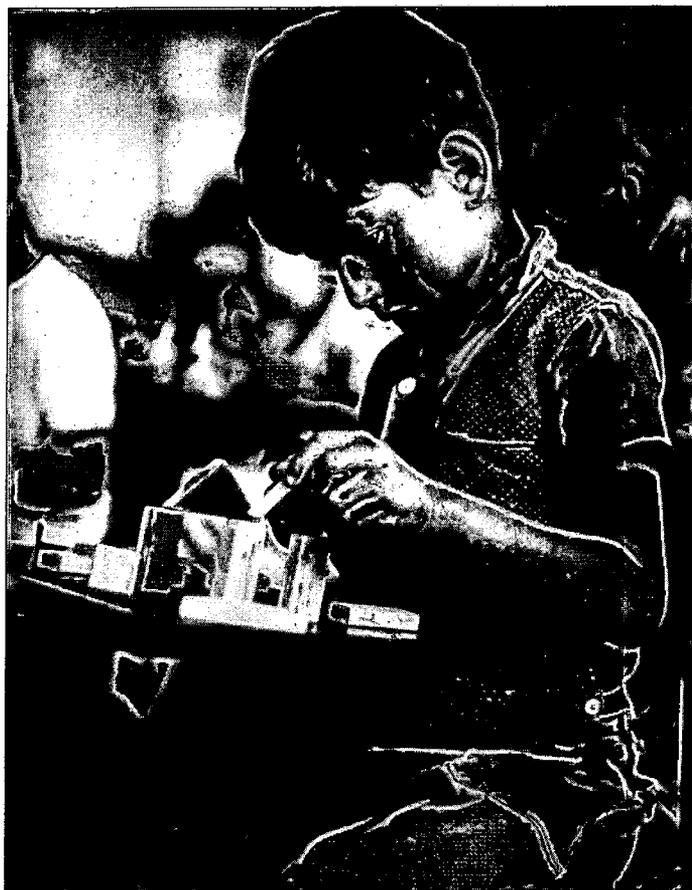
pone y les lleva a vivir en condiciones indignas e intolerables para cualquier ser humano, sino por razones meramente económicas: no tienen capacidad de consumo y compra, con lo cual puede colapsar la economía, y ello disminuir sus niveles de ganancia. De ahí que, si la economía va bien, no importa que sobre una buena cantidad de personas, verdaderas basuras humanas, que hay que ocultar, desaparecer o darles algunas pequeñas limosnas para que no se alcen y nos echen a perder este mundo tan maravilloso.

Los medios de comunicación social, en especial la televisión, se entregaron a un desenfreno publicitario y a la idolatría de un consumismo desbocado. La felicidad y la realización personal se asociaron únicamente con la posesión y el disfrute de riquezas y cosas materiales.

No importaba que fueras un ladrón, un irresponsable, un sinvergüenza. Si vivías en una buena quintota y te bajabas de un carro con chofer y con escolta, eras "todo un señor", intocado por las leyes, adulado y venerado por todos. Pero, si vivías en un barrio y viajabas en autobús, eras "un don nadie", sospechoso y posible delincuente, víctima de todos los operativos y redadas, sin importar que fueras un honesto trabajador y un honrado padre de familia. De ahí que, para ser alguien, había que tener y poseer. Los medios no importaban. Todo era lícito y permitido si producía poder o riquezas, pues ellas te colocaban más allá de la ley.

La corrupción no fue, por consiguiente, una lamentable desviación de esta forma de vida, sino que se transformó en la forma de vida. El robo se institucionalizó en todas las instancias, y la honestidad empezó a ser vista como sospechosa. Pero había que saber robar sin dejar indicios

El alumno aprende haciendo, construyendo, resolviendo, buscando, recreando, manipulando, preguntando, investigando



El reto fundamental es que el centro educativo asuma en serio el trabajo. No como una materia o como un área, sino como valor y como contexto que impregna todo el proceso educativo

ni pruebas. En eso consistía precisamente la virtud. El sistema de justicia se encargaría de hacer desaparecer el delito en los mil vericuetos de un sistema legal perfectamente organizado, no para hacer triunfar la justicia, sino para defender y mantener la impunidad de los poderosos.

EDUCACIÓN DE ESPALDAS AL PAÍS

La educación contribuyó a mantener y reforzar esta mentalidad del facilismo, pues los estudios se entendieron y asumieron como un medio para acceder a la riqueza existente, en vez de serlo para producirla y garantizar su justa distribución. La cultura del clientelismo y el derroche penetró con fuerza en todo el sistema educativo, desde las escuelas hasta las universidades. Todos se sintieron con derecho a reclamar y exigir, sin importar que, con frecuencia, como contraparte sólo se ofreciera retórica y proclamas. Educación y Economía o Producción se fueron disociando por completo. El sistema educativo comenzó a funcionar de espaldas al país, reproduciéndose a sí mismo, cada vez más monstruoso, más deforme, más inoperante, alimentando las aspiraciones de todos de llegar a ser "doctor", para ganar un buen sueldo trabajando lo menos posible. Todo el mundo justifica su exigencia diciendo que se "quemó las pestañas durante seis o más años de estudio", pero muy pocos reconocen lo mucho que el país les dio y privilegió en esos años de estudiante. Se sienten con derecho a ganar sueldos muy superiores al de los trabajadores, para cuya formación el Estado gastó muy poco, porque fueron pronto excluidos del sistema educativo. La lógica implícita supone seguir dando más y más al que mucho se le dio, a costa de aquellos a los que se les dio muy poco o nada. Al estar enfocado el sistema educativo hacia la universidad, los escuadrones que iban quedando en el camino lo hacían sin la mínima preparación que les garantizara una sobrevivencia digna. De ahí la contradicción de casi dos millones de jóvenes desempleados y la necesidad crecien-

te de técnicos medios y obreros cualificados.

El país no soporta por más tiempo el divorcio entre educación y producción. El actual sistema educativo, raíz y fruto de una sociedad rentista, clientelar y subsidiada, debe dar paso a una **educación en y para el trabajo**, germen de una sociedad de productores que, con su trabajo organizado, generen una cultura de la productividad y la eficiencia y que ponga siempre al hombre, a todos los hombres, sobre las leyes del mercado. La educación debe ser entendida fundamentalmente como un medio para dar estímulos necesarios que vinculen esfuerzo y productividad.

EL TRABAJO COMO VALOR

Pero no se trata de señalar o predicar la "necesidad del trabajo" o poner unos talleres de "educación para el trabajo" y pensar ingenuamente que ya hemos resuelto el problema. El reto fundamental es que el centro educativo asuma en serio el trabajo. No como una materia o como un área, sino como valor y como contexto que impregna todo el proceso educativo. Esto supone, en primer lugar, que los centros educativos se conviertan en lugares donde se trabaja en serio, con puntualidad y disciplina; se producen conocimientos, habilidades, productos y valores de calidad, y se considera una tragedia cualquier pérdida de tiempo. El tiempo se pierde no sólo cuando las clases están suspendidas. Hay muchas formas de perder el tiempo con los alumnos en el salón de clases, cuando las actividades se limitan a cumplir uno de esos rituales escolares: pasar la lista, copiar en el pizarrón la fecha y objetivos, empezar a poner orden, colocarse en posición de descanso hasta que suene el timbre..., o cuando los alumnos están distraídos, pues se les obliga a escuchar cosas que no les interesan, o están copiando del pizarrón o llenando formularios o guías. De hecho, según una investigación

de la profesora Nacarid Rodríguez, el 60% del tiempo escolar considerado útil (es decir, con los alumnos en el centro educativo) es en realidad tiempo ocioso, pues se dedica a actividades que no ocasionan ningún aprendizaje.

Asumir el trabajo como valor supone optar por una pedagogía activa, centrada en el hacer significativo del alumno y no en la palabra del docente. El alumno aprende haciendo, construyendo, resolviendo, buscando, recreando, manipulando, preguntando, investigando. Es en la escuela donde el niño se enfrenta por primera vez y vivencialmente al mundo del trabajo. El oye en su casa que el papá o la mamá están "en el trabajo", pero él no se imagina cómo es eso de trabajar. Si en la escuela pareciera que da igual trabajar o no trabajar, cualquier excusa es buena para suspender clases o terminar antes, se pierde el tiempo olímpicamente y las actividades resultan aburridas y sin verdadero sentido o utilidad, el alumno aprenderá a huir del trabajo, o lo considerará como algo sin importancia, fastidioso, que hay que hacer para evitar el castigo.

Sólo si el aula se va transformando en un taller donde se trabaja en serio, organizada y cooperativamente, donde los aprendizajes culminan en productos útiles y bellos, el alumno amará el trabajo y se hará trabajador. El trabajo, lejos de ser fuente de fastidio y de aburrimiento, si es un trabajo con sentido y que responde a las necesidades del alumno, se convierte en una actividad gozosa y de crecimiento personal. De hecho, la mayor parte de los problemas de disciplina en los centros educativos se originan por una inadecuada planificación y organización del trabajo. El alumno se fastidia, y con razón, si lo obligamos a estar horas y horas atornillado al pupitre, en unas aulas que son jaulas, escuchando cosas que son completamente ajenas a sus intereses, o haciendo tareas en las que no encuentra el menor eco a sus inquietudes, intereses o problemas. El se rebela mediante la agresividad o la apatía, y el docente se agota intentando mantener

Es necesario transformar la pedagogía de la saliva, las copias, el pizarrón, los cuestionarios y los apuntes, en una pedagogía que convierte las aulas en talleres de trabajo y producción

el orden y el silencio.

Es necesario transformar la pedagogía de la saliva, las copias, el pizarrón, los cuestionarios y los apuntes, en una pedagogía que convierte las aulas en talleres de trabajo y producción. Hay que evitar hablar tanto y dedicar más tiempo a planificar y organizar el trabajo cooperativo de los alumnos y a trabajar. No nos asombremos de que, de la actual pedagogía centrada en las palabras, la repetición, el aburrimiento y la sumisión, salgan jóvenes con espíritus de viejos, sin saber leer, hablar, escribir, pensar o investigar; torpes con las manos, incapaces de esfuerzos sostenidos, cansados, apáticos, víctimas privilegiadas de la cultura de la superficialidad, el consumismo y la irresponsabilidad.

Los centros educativos deben alimentar y exigir el valor del esfuerzo, de la tenacidad, del vencimiento, de la superación continua, de la solidaridad y cooperación, de la calidad y exigencia de calidad en los productos, del trabajo realizante y pleno; en vez de amaestrarse para repetir, para conformarse con cumplir, para huir del trabajo siempre que se pueda, que pone como ideal el parasitismo, la superficialidad, el vivismo que, en definitiva, llevan a gastar la vida, en vez de vivirla autónoma y plenamente.

Uno se prepara para el trabajo en el trabajo. Pero en un trabajo al que se le ve sentido y utilidad. Necesitamos superar esos estudios y esos títulos que sólo sirven para continuar en el sistema educativo. ¿Para qué sirve, por ejemplo, hoy el título de bachiller, que ni siquiera garantiza la entrada en la universidad? Y si sabemos que la mayoría de los alumnos no van a ingresar en la universidad, ¿en qué medida los contenidos que exige la escuela tienen algún sentido o utilidad para esa mayoría? ¿No resulta absurdo enfocar los esfuerzos a lograr una meta que está negada desde el mismo punto de partida?

EDUCACIÓN BÁSICA DE CALIDAD Y CAPACITACIÓN LABORAL

Esto nos plantea la necesidad de una

educación básica de calidad para todos y la necesidad de capacitar técnica, laboral, humana y políticamente a los jóvenes mediante diversificados profesionales o centros de capacitación específicos, de donde los alumnos egresen como técnicos medios, que puedan ingresar al mundo del trabajo y obtener una remuneración digna por su esfuerzo y su trabajo.

Dada la velocidad de los cambios tecnológicos, parece evidente que, más que formar para ocupaciones específicas que cambian día a día, hay que privilegiar una **formación general polivalente**, orientada a desarrollar habilidades comunicativas, de adaptación al cambio, de aprendizaje permanente en la práctica, analíticas y de solución de problemas. De ahí que los centros educativos deben proporcionar a los educandos una sólida formación científico-técnica general, que desarrolle sus destrezas intelectuales de modo que sean capaces de razonar, proponer, innovar y acceder a los nuevos códigos y lenguajes en los que se fundamenta la tecnología actual, de modo que se vayan capacitando para reaprender nuevos roles ocupacionales. De ahí, la importancia de una educación básica de calidad.

Es bueno no olvidar que el dominio de las habilidades básicas de lectoescri-

tura, comunicación y cálculo -entre otras-, y la internalización de valores fundamentales como curiosidad, responsabilidad, creatividad, cooperación, orden, disciplina, honradez..., son absolutamente necesarios para una participación no marginal en el mundo del trabajo. Se trata, en definitiva, de ir desterrando la escuela enciclopédica y castrera, por una escuela que se propone responder a la construcción de la nueva cultura que requieren los cambios científicos y tecnológicos.

Y no olvidemos que esta capacitación laboral debe ir acompañada de una genuina formación humana y ciudadana. Se trata no sólo de producir más, sino de mejorar la calidad humana de todos. Se trata no meramente de beneficiar a los sectores populares, sino, como lo expresara el Papa Juan Pablo II en su Encíclica **Centessimus Annus**, de convertirlos en sujetos de su propio desarrollo. "Los pobres exigen el derecho de participar y gozar de los bienes materiales y de hacer fructificar su capacidad de trabajo, creando así un mundo más justo y más próspero para todos. La promoción de los pobres -como sujetos económicos- es una ocasión para el crecimiento moral, cultural e incluso económico de la humanidad entera". ■

Antonio Pérez-Esclarín es Director del Centro de Formación P. Joaquín de Fe y Alegría y miembro de CEPAP-UNESR.

II JORNADA NACIONAL DE INVESTIGACIÓN UNIVERSITARIA DE GÉNERO

1. Mujer y violencia.
2. Mujer, ciudadanía y participación política.
3. Mujer, salud y sexualidad.
4. Mujer, educación y procesos culturales.
5. Mujer, economía, trabajo y feminización de la pobreza.
6. Mujer y ambiente.
7. Mujer y proceso histórico-jurídico.
8. Mujer y psicoanálisis.

12 al 14 de junio de 1997
Centro de Estudios de la Mujer de la UCV (CEM-UCV)
Sala de Conciertos, sala E, de la U.C.V.